

sufría en su corazón; como madre, en sus hijos; y como cristiana, por todos. Se callaba y encerraba en su alma esas horribles tempestades. Su marido, único árbitro de la suerte de su familia, era dueño de arreglar á su albedrío su destino, del cual sólo á Dios debía dar cuenta. Por otra parte, ¿podía ella reprocharle por el uso que hacía de su fortuna, después del desinterés de que había dado pruebas en diez años de matrimonio? ¿Acaso era juez de sus designios? Pero su conciencia, de acuerdo con el sentimiento y las leyes, le decía que los padres eran los depositarios de la fortuna y no les asistía el derecho de enajenar el bienestar material de los hijos. Para no resolver estas llevadas cuestiones prefería cerrar los ojos, siguiendo la costumbre de las personas que no quieren ver el abismo en cuyo fondo saben que han de rodar. Hacía seis meses que su marido no le daba dinero para los gastos de la casa, por lo cual hizo vender secretamente en París los ricos aderezos de brillantes que su hermano le regalara el día de su boda, é introdujo en su domicilio la más estricta economía. Despidió al aya de sus hijos y hasta á la nodriza de Juan. En otro tiempo el lujo de tener carruaje era cosa ignorada de la burguesía, á la vez tan humilde en sus costumbres y tan altanera en sus sentimientos; y por ello nada se había previsto en la casa Claes para esta invención moderna; Baltasar estaba obligado á tener su caballeriza y su cochera en una casa fronteriza á la suya; sus ocupaciones no le permitían ya vigilar esta parte del hogar doméstico que incumbe esencialmente á los hombres; la señora Claes suprimió el gasto oneroso de carruajes y lacayos, que no necesitaba á causa de su aislamiento, y á pesar de la bondad de sus razones, no trató de justificar sus reformas con pretextos. Hasta entonces los hechos habían desmentido sus palabras, y el silencio era en adelante lo que más convenía. El cambio de tren de los Claes no era justificable en un país en que, como en Holanda, todo el que gasta su renta pasa por loco. Sólo que, como su hija Margarita iba á cumplir diez y seis años, Josefina pareció querer lograr que consiguiera un buen enlace, y colocarla cual convenía á una joven emparentada con los Molina, los Van Ostrom-Temninck y los Casa Real. Pocos días antes de aquel en que comienza esta historia, se había consumido el dinero de los brillantes. Aquel mismo día, á las tres de la tarde, la señora Claes llevaba á sus hijos á vísperas,

cuando encontró á Pierquin que iba á verla, y la acompañó hasta San Pedro, hablando en voz baja de su situación.

—Prima, le dijo, no podría ocultarte, sin faltar á la amistad que me une á tu familia, el peligro en que estás, y que me hace rogarte que hables seriamente con tu marido. ¿Quién, sino tú, podrá detenerle al borde del abismo hacia el cual marcháis? Las rentas de las fincas hipotecadas no bastan para pagar los intereses de las cantidades recibidas; por consiguiente, hoy no tenéis ya ninguna renta. Si taláis los bosques que os quedan, esto equivaldrá á privaros de la única probabilidad de salvación que os resta para el porvenir. Mi primo Baltasar debe ahora treinta mil francos á la casa Protez y Chiffreville de París; ¿cómo los pagaréis? ¿De qué viviréis? ¿Qué será de vosotros si Claes sigue pidiendo reactivos, aparatos de cristal, pilas de Volta y otros chismes? Toda vuestra fortuna, excepto la casa y el mueblaje, se ha disipado en gas y carbón. Cuando se habló anteayer de hipotecar la casa, ¿sabes lo único que ha contestado Claes? «¡Diablo!» Este es el primer indicio de razón que ha dado desde hace tres años.

La señora Claes apretó dolorosamente el brazo de Pierquin, levantó los ojos al cielo, y dijo:—Guárdanos el secreto.

A pesar de su devoción, la pobre mujer, anonadada por aquellas palabras de una claridad fulgurante, no pudo rezar, permaneció sentada en la silla entre sus hijos, abrió su libro de oraciones del que no pasó una hoja y se quedó sumida en una meditación tan absorbente como lo eran las meditaciones de su marido. El honor español, la probidad flamenca resonaban en su alma con voz tan poderosa como la del órgano. ¡Estaba consumada la ruina de sus hijos! No era posible vacilar entre ellos y el honor de su padre. Asustábase la necesidad de una lucha entre ella y su marido; él era á sus ojos tan grande, tan imponente, que tan sólo la perspectiva de su enojo la sobresaltaba tanto como la idea de la majestad divina. Iba, pues, á salir de aquella constante sumisión en la que había permanecido santamente como esposa. El interés de sus hijos la obligaría á contrariar á un hombre á quien idolatraba. ¿No le sería forzoso llamar á menudo su atención hacia cuestiones positivas cuando más engolfado estuviera en las altas regiones de la Ciencia, sacarle violentamente de un risueño porvenir para sumergirle



en todo lo más repulsivo que la materialidad presenta á los artistas y á los grandes hombres? Baltasar Claes era para ella un gigante de ciencia, un hombre grávido de gloria; no podía haberla olvidado sino por las más ricas esperanzas; luego, era tan extremadamente sensato, le había oído hablar con tanto talento sobre toda clase de asuntos, que debía ser sincero cuando decía que trabajaba por la gloria y la fortuna de su familia. El cariño de aquel hombre á su mujer y á sus hijos no era solamente intenso, era infinito. Estos sentimientos no habían podido extinguirse, antes al contrario, probablemente habían tomado cuerpo al reproducirse en otra forma. Ella, tan noble, tan generosa y tan tímida, iba á hacer resonar de continuo en los oídos de aquel grande hombre la palabra dinero, enseñarle las llagas de la miseria, hacerle oír los gritos de la angustia, precisamente cuando estuviera oyendo las voces melodiosas de la Fama. ¿Y si tal vez disminuyera por ello el cariño que Baltasar la tenía? Si no hubiese tenido hijos habría aceptado animosamente y con placer el nuevo destino que le deparaba su marido. Las mujeres criadas en la opulencia sienten muy pronto el vacío que llenaban los goces materiales, y cuando su corazón, más cansado que marchito, les hace encontrar la dicha que proporciona un constante cambio de sentimientos verdaderos, no retroceden ante una existencia modesta, si así conviene al ser del cual se saben amadas. Sus ideas, sus placeres se someten á los caprichos de esa vida tan distinta de la suya; para ellas, el único porvenir temible es perderla. Así, pues, en aquel momento sus hijos separaban á Pepita de su verdadera vida tanto como Baltasar Claes se había separado de ella por la Ciencia, y cuando regresó de vísperas y se sentó en su sillón, hizo salir á sus hijos recomendándoles que guardaran el más profundo silencio; en seguida hizo llamar á su marido; pero aunque Lemulquinier, el viejo ayuda de cámara, insistió para hacerle salir de su laboratorio, Baltasar no se movió. La señora Claes tuvo, pues, tiempo de reflexionar. Y también ella permaneció meditabunda, sin pensar en la hora, ni en el tiempo, ni en el día. La idea de deber treinta mil francos y no poder pagarlos despertó dolores pasados agregándolos á los del presente y del porvenir. Aquel cúmulo de intereses, de ideas, de sensaciones la cogió muy débil y lloró. Cuando vio entrar á Baltasar, cuya fisonomía

le pareció entonces más terrible, más absorta y más extrañada que nunca, cuando vio que no le contestaba, se quedó al pronto fascinada por la inmovilidad de aquella mirada blanca y vacía, por todas las ideas devoradoras que destilaba aquella frente calva. La impresión que le produjo fué tal que en aquel momento deseó morir. Cuando oyó que aquella voz indiferente expresaba un anhelo científico mientras ella tenía el corazón lacerado, recobró el valor; resolvió luchar contra aquel poder espantoso que le había arrebatado un amante, usurpado á sus hijos un padre, á la familia una fortuna, á todos la felicidad. No pudo sin embargo reprimir la constante trepidación que la agitó, porque no se había encontrado en toda su vida en ocasión tan solemne. ¿Acaso no contenía virtualmente su porvenir aquel momento terrible y no estaba contenido en él por completo el pasado?

Ahora, las personas débiles, las tímidas y aquellas á quienes la vivacidad de sus sensaciones agranda las menores dificultades de la vida, los hombres que se sienten sobrecogidos de un temblor involuntario ante los árbitros de su destino, todos pueden concebir los millares de pensamientos que se arremolinaron en la cabeza de aquella mujer, y los sentimientos cuyo peso abrumó su corazón, cuando su marido se encaminó lentamente á la puerta del jardín. La mayor parte de las mujeres conocen las angustias de la íntima deliberación con la que pugnaba la señora Claes. Aun aquellas cuyo corazón no ha experimentado ninguna emoción violenta sino al tener que dar cuenta á su marido de algún exceso en los gastos de la casa ó de las deudas contraídas con su modista, comprenderán cuánto más fuertes serán los latidos del corazón cuando se trata del bienestar de toda la vida. Una mujer hermosa tiene mayor gracia cuando se echa á los pies de su marido, encuentra recursos en las actitudes de su dolor; pero la persuasión de sus defectos físicos contribuía á aumentar los temores de la señora Claes. Por esto, cuando le vio á punto de salir, su primer impulso fué correr hacia él; pero una idea cruel contuvo este arranque: ¡iba á ponerse en pie delante de él! ¿No parecería ridícula á los ojos de un hombre que no estando ya sujeto á las fascinaciones del amor, podía verla tal cual era? Josefina lo habría perdido de buen grado todo, fortuna é hijos, con tal de no menguar su poder femenino. Quiso, pues, apartar



toda mala probabilidad en hora tan solemne, y gritó con voz entera:—¡Baltasar!—Su marido se volvió maquinalmente y tosió; pero sin hacer caso de su mujer, fué á escupir en una de esas cajitas cuadradas puestas de trecho en trecho junto á la pared, como es costumbre en todas las habitaciones de Holanda y Bélgica. Aquel hombre, que no pensaba en la persona, jamás se olvidaba de las escupideras, tan inveterado era su hábito. A la pobre Josefina, incapaz de comprender aquella rareza, le causaba siempre una angustia inaudita el cuidado constante que su marido tenía con el mueblaje; pero en aquel momento esta angustia fué tan violenta, que la sacó de tino y la hizo gritar con acento lleno de impaciencia que revelaba la ofensa de todos sus sentimientos:—¡Baltasar, te estoy hablando!

—¿Qué quieres decir con eso? preguntó Baltasar volviéndose vivamente y lanzando á su mujer una mirada en la que parecía recobrar la vida y que fué para ella como un rayo.

—Perdóname, dijo ella poniéndose pálida. Quiso levantarse y alargarle la mano, pero cayó en el sillón sin fuerzas.—¡Me muerdo! añadió con voz entrecortada por los sollozos.

Al verla, Baltasar tuvo, como todas las personas distraídas, una viva reacción y adivinó, por decirlo así, el secreto de aquella crisis; al punto cogió en brazos á su esposa, abrió la puerta que daba á la pequeña antecámara, y subió con tal rapidez por la vieja escalera de madera, que habiéndose enganchado el vestido de su mujer en la boca de una de las tarascas que formaban los balaustres, quedó en ella todo un paño desgarrado con gran ruido. Dió un puntapié á la puerta del vestíbulo común á sus aposentos; pero encontró cerrado el de su mujer.

Dejó suavemente á Josefina en un sillón, diciendo:—¡Dios mío! ¿Dónde está la llave?

—Gracias, Baltasar, dijo su esposa abriendo los ojos; de mucho tiempo á esta parte esta es la primera vez que no me he sentido tan cerca de tu corazón.

—Pero ¿y la llave? repitió Claes. Aquí llegan los criados.

Josefina le indicó con un ademán que cogiera la llave que llevaba atada á una cinta junto á su bolsillo. Después de abrir la puerta, Baltasar tendió á su mujer en un canapé, salió para impedir que subieran los criados alarma-

dos, dándoles orden de servir pronto la comida, y volvió presuroso junto á su esposa.

—¿Qué tienes, vida mía? le preguntó sentándose á su lado y cogiéndole la mano que besó.

—Ya no tengo nada, ya no padezco, contestó. Sólo quisiera tener todo el poder de Dios para poner á tus pies todo el oro de la tierra.

—Y ¿por qué el oro? preguntó Baltasar atrayendo á su mujer, abrazándola y besándola en la frente. ¿No me proporcionas mayores riquezas amándome como me amas, querida y preciosa criatura?

—¡Oh Baltasar! ¿Por qué no habrías de disipar las angustias de la vida de todos nosotros, del mismo modo que con tu voz disipas el disgusto de mi corazón? En fin, ya lo estás viendo, yo soy siempre la misma.

—¿A qué angustias te refieres?

—¿Pues no sabes que estamos arruinados?

—¡Arruinados! repitió Baltasar. Y se sonrió, acarició la mano de su mujer teniéndola entre las suyas, y dijo con voz dulce que no se le había oído hacía mucho tiempo:—Has de saber, ángel mío, que mañana nuestras riquezas no tendrán límite. Buscando ayer secretos mucho más importantes, creo haber dado con el medio de cristalizar el carbono, la substancia que constituye el diamante. ¡Oh querida esposa! De aquí á pocos días me perdonarás mis distracciones; porque parece que alguna vez estoy distraído. ¿No te he tratado bruscamente hace poco? Sé, pues, indulgente para un hombre que siempre ha pensado en ti, y cuyos trabajos están llenos de ti, de nosotros.

—Basta, basta; esta noche hablaremos de eso. Antes padecía por exceso de dolor, ahora padezco por exceso de contento.

Josefina no esperaba volver á ver aquel semblante animado por un sentimiento tan tierno para ella como lo era antes, á oír aquella voz que seguía siendo tan dulce como en otro tiempo, y á encontrar de nuevo todo lo que creía ya perdido.

—Pues bien, esta noche hablaremos de ello, contestó Baltasar. Si me absorbiera en alguna meditación, recuérdame esta promesa. Esta noche quiero dejar á un lado mis cálculos y mis trabajos, y empaparme en todos los goces de la familia, en las voluptuosidades del corazón; porque, Pe-



pita, la verdad es que los necesito, tengo sed de ellos.

—Y ¿me dirás lo que buscas?

—Hija mía, no entenderías una palabra.

—Estás en un error... Hace ya cuatro meses que estudio química para poder hablar de ella contigo. He leído las obras de Fourcroy, Lavoisier, Chaptal, Nollet, Rouelle, Berthollet, Gay-Lussac, Spallanzani, Leuwenhoeck, Calvani, Volta, en fin, todos los libros relativos á la ciencia que adoras. Conque ya ves que puedes confiarme tus secretos.

—¡Eres un ángel! exclamó Baltasar arrodillándose á los pies de su mujer y derramando lágrimas de ternura que la emocionaron. Nos comprendemos en todo.

—¡Ah! dijo ella. Me arrojaría á todos los fuegos del infierno que atizan tus hornillos, sólo por oír esa palabra en tu boca y por verte así.

Al oír los pasos de su hija en la antecámara, corrió á ella.

—¿Qué quieres, Margarita? le preguntó.

—Mamá, el señor Pierquin acaba de llegar. Si se queda á comer, necesitaremos ropa de mesa limpia, y esta mañana se ha olvidado usted de sacarla.

La señora Claes se sacó del bolsillo un manojo de llaves y se lo dió á su hija, designándole los armarios de madera de las Islas que había en la antecámara, y dijo:—Sácala de la derecha, entre la mantelería Graindorge.

—Puesto que mi querido Baltasar vuelve hoy á mi lado, restitúyemelo por completo, dijo volviendo á entrar y dando á su fisonomía una expresión de suave malicia. Querido, vé á tu cuarto y hazme el favor de vestirte, porque tenemos á Pierquin convidado á comer. Ea, quitate esa ropa tan destrozada. Mira, mira cuántas manchas. ¿No es el ácido muriático ó sulfúrico el que ha rodeado de amarillo todos esos agujeros? Vaya, rejuvenécete; haré que Mulquinier te avise cuando yo me haya mudado de vestido.

Baltasar quiso pasar á su cuarto por la puerta de comunicación; pero había olvidado que estaba cerrada por la parte de afuera, por lo cual tuvo que pasar por la antecámara.

—Margarita, deja la mantelería en un sillón y ven á vestirme; no quiero que me ayude Marta, dijo la señora Claes llamando á su hija.

Baltasar cogió á Margarita y la hizo volver el cuerpo hacia él con un movimiento jovial, diciéndole:—Buenos días,

hija mía; hoy estás muy bonita con ese vestido de muselina y con ese cinturón de color de rosa.—Luego le dió un beso en la frente y le estrechó la mano.

—Mamá, papá me ha besado, dijo Margarita entrando en el cuarto de su madre; parece muy alegre, muy contento.

—Hija mía, tu padre es un grande hombre; hace ya tres años que trabaja por la gloria y la fortuna de su familia, y cree haber conseguido el objeto de sus investigaciones. Este día debemos estar todos de fiesta...

—Querida mamá, respondió Margarita, nuestros criados estaban tan tristes al verle tan hurraño, que también ellos se alegrarán. Ponme otro cinturón, que éste está muy ajado.

—Bueno, pero despachemos, porque quiero hablar á Pierquin. ¿Dónde está?

—En el locutorio hablando con Juan.

—¿Y Gabriel y Felicia?

—En el jardín.

—Pues vé allí á cuidar de que no arranquen tulipanes. Tu padre no los ha visto todavía este año, y hoy quizás se le antojará verlos al levantarse de la mesa. Di á Mulquinier que suba á tu padre todo cuanto necesite para mudarse de ropa.

Cuando Margarita salió, la señora Claes echó una ojeada á sus hijos por las ventanas de su cuarto que daban al jardín, y los vió muy entretenidos mirando uno de esos insectos de alas verdes, relucientes y salpicados de oro, que forman las delicias de los niños cuando logran apresar alguno.

—Tened juicio, hijos míos, dijo levantando en parte la vidriera, que era de corredera, y que dejó abierta para ventilar su cuarto. Luego llamó suavemente á la puerta de comunicación para cerciorarse de que su marido no había vuelto á sumirse en alguna distracción. Abrió Baltasar, y ella le dijo con acento alegre al verle casi desnudo:—No me dejarás mucho tiempo sola con Pierquin, ¿verdad? Ven-drás á buscarme pronto.

Y bajó tan lista la escalera, que cualquier extraño al oírla no hubiera conocido que era el paso de una coja.

—El señor al llevarse á la señora, le dijo el ayuda de cámara al que encontró en la escalera, le ha desgarrado el vestido; al fin y al cabo no se ha perdido más que un pedazo



de tela; pero también ha roto la mandíbula de esa figura, y no sé quién podrá componerla. He ahí nuestra escalera deshonrada: ¡esa rampa era tan hermosa!

—¡Bah, Mulquinier! No es una desgracia, y, por lo tanto, no hay necesidad de componerla.

—Pero ¿qué pasa aquí para que esa rotura no se considere como un desastre? pensó Lemulquinier. ¿Habría dado mi amo con *lo Absoluto*?

—Buenos días, señor Pierquin, dijo la señora Claes abriendo el locutorio.

El notario se acercó presuroso á dar el brazo á su prima, pero ésta no aceptaba nunca más que el de su marido; dió, pues, las gracias á su primo con una sonrisa, y le preguntó:—¿Vienes tal vez por los treinta mil francos?

—Sí, prima: al volver á mi casa me han entregado una carta de la casa Protez y Chiffreville, diciéndome que ha girado contra Claes seis letras por valor de cinco mil francos cada una.

—Pues bien, no hables de eso hoy con Baltasar, le contestó. Quédate á comer con nosotros, y si por casualidad te pregunta por qué has venido, busca algún pretexto plausible. Dame la carta, yo misma le hablaré del asunto. Todo va bien, añadió reparando en la extrañeza del notario. Dentro de algunos meses, mi marido reembolsará probablemente las sumas que ha pedido prestadas.

Al oír esta frase, dicha en voz baja, el notario se quedó mirando á Margarita que en aquel momento volvía del jardín con Gabriel y Felicia, y dijo:—Nunca he visto á Margarita tan bonita como ahora.

La señora Claes, que se había sentado en el sillón y tenía en su regazo al pequeño Juan, levantó la cabeza y miró al notario y á su hija afectando un aire indiferente.

Pierquin era hombre de estatura regular, ni grueso ni flaco, de rostro vulgarmente hermoso y que traslucía una tristeza más bien de disgusto que de melancolía, una abstracción más indeterminada que pensativa; pasaba por misántropo, pero era demasiado interesado, demasiado buen gastrónomo para que su divorcio con el mundo fuese real y efectivo. Su mirada, habitualmente perdida en el vacío, su actitud indiferente, su silencio afectado, parecían indicar profundidad, y en realidad encubrían el vacío y la nulidad de un notario exclusivamente ocupado de intereses huma-

nos, pero que aun creía ser demasiado joven para ser envidioso. Enlazarse con la familia Claes habría sido para él motivo de una abnegación sin límites, si no hubiera cierto sentimiento de avaricia subyacente. Las echaba de generoso, pero sabía contar. Así, sin darse cuenta á sí mismo de su cambio de proceder, sus atenciones eran secas, duras y ásperas, como lo son por lo general las de los hombres de negocios, cuando creía que Claes estaba arruinado; pero se tornaban afectuosas, naturales y casi serviles cuando sospechaba que los trabajos de su primo podrían tener feliz éxito. Tan pronto consideraba á Margarita Claes como una doncella á la que no podía aspirar un simple notario de provincia, como veía en ella una pobre muchacha que podía darse por muy contenta si se dignaba casarse con ella. Era provinciano y flamenco, sin malicia; no carecía siquiera de desinterés ni de bondad; pero tenía un ingenuo egoísmo que hacía sus cualidades incompletas, y ridiculeces que menoscababan su persona. En aquel momento, la señora Claes recordó el tono seco con que el notario le había hablado en el pórtico de la iglesia de San Pedro, y observó la revolución que su respuesta había producido en su actitud; advinó el fondo de estos pensamientos, y con mirada perspicaz procuró leer en el alma de su hija para averiguar si pensaba en su primo; pero no advirtió en ella más que una completa indiferencia. Al cabo de un rato, durante el cual la conversación versó sobre los rumores que circulaban por la ciudad, el dueño de la casa bajó de su cuarto donde hacía un momento que oía su mujer, con inefable placer, el ruido de sus botas que crujían en el pavimento. Su modo de andar, semejante al de un hombre joven y ligero, denotaba una metamorfosis completa, y la espera que su aparición causaba á la señora Claes fué tan viva, que apenas pudo reprimir un sobresalto cuando su marido bajó la escalera. Baltasar se presentó con el traje que á la sazón estaba en moda. Llevaba botas de vueltas, muy lustrosas, sobre las cuales asomaba una media de seda blanca, calzón de casimir azul con botones de oro, chaleco blanco salpicado de flores estampadas, y frac azul. Se acababa de afeitarse, de peinar y de perfumarse la cabeza, se había cortado las uñas y lavado las manos con tanto cuidado, que los que le hubiesen visto poco antes, con trabajo habrían podido conocerle. En vez de un anciano casi demente, sus hijos, su



mujer y el notario veían ante sí un hombre de cuarenta años, cuyo rostro afable y limpio estaba lleno de seducciones. Hasta el cansancio y los trabajos que reflejaban la flacura de los contornos y la adherencia de la piel á los huesos tenían cierta gracia.

—Buenos días, Pierquin, dijo Baltasar Claes.

Vuelto nuevamente padre y marido, el químico cogió de la falda de su mujer á su hijo menor y lo levantó al aire haciéndole subir y bajar alternativamente y con rapidez.

—¡Mira, mira este chiquitín! dijo al notario. ¿Una criatura tan hermosa no da ganas de casarse? Créeme, primo, los goces de la familia consuelan todas las penas. ¡Brr! exclamaba levantando á Juan. ¡Pum! añadía cuando le bajaba al suelo. ¡Brr! ¡Pum!

El chiquillo se reía á carcajadas cuando se veía alternativamente cerca del techo y en el suelo. La madre volvió la cabeza para no revelar la emoción que le causaba un juego tan sencillo en la apariencia y que era para ella toda una revolución doméstica.

—A ver, á ver cómo andas, dijo Baltasar dejando á su hijo en el suelo y sentándose en una butaca. El niño corrió á su padre, atraído por el brillo de los botones de oro que unían el calzón con la orejilla de las botas.—¡Eres un valiente! dijo el padre besándole, eres un Claes, andas derecho.—Hola, Gabriel, ¿cómo está el señor Morillón? preguntó á su hijo mayor cogiéndole por una oreja y retorciéndosela: ¿te portas animosamente con tus temas y tus traducciones? ¿Aprietas firme con las matemáticas?

Luego Baltasar se levantó, se acercó á Pierquin, y le dijo con la afectuosa cortesía que le caracterizaba:—¿Tienes quizás algo que pedirme?—Le dió el brazo y se lo llevó al jardín, añadiendo:—Ven á ver mis tulipanes.

La señora Claes miró á su marido mientras salía, y no pudo contener su alegría al verle tan rejuvenecido, tan afable, tan apuesto; se levantó, cogió á su hija por la cintura y la besó, diciéndola:

—Mi querida Margarita, hoy te quiero mucho más que de costumbre.

—Hacía mucho tiempo que no había visto á mi padre tan amable, respondió la joven.

Lemulquinier entró á anunciar que estaba servida la comida. La señora Claes se cogió del brazo de Baltasar para

evitar que Pierquin le ofreciera el suyo, y toda la familia pasó al comedor.

Esta pieza, cuyo techo se componía de vigas aparentes, pero adornadas con pinturas, lavadas y refrescadas todos los años, estaba provista de altos aparadores de roble en cuyos anaqueles se ostentaban las más curiosas piezas de la vajilla patrimonial. Las paredes estaban tapizadas de cuero morado en el cual se habían estampado, con rasgos de oro, asuntos de caza. Por cima de los aparadores brillaban á trechos plumas de aves curiosas y conchas raras. Las sillas no se habían cambiado desde principios del siglo xvi y tenían esa hechura cuadrada, esas columnitas retorcidas y ese pequeño respaldo guarnecido de una tela de franjas, cuya moda se difundió tanto y que Rafael ilustró en su cuadro titulado la *Virgen de la silla*. La madera se había ennegrecido, pero los clavos dorados relucían como si fueran nuevos, y las telas cuidadosamente renovadas tenían un color encarnado admirable. Flandes revivía allí por completo con sus innovaciones españolas. Las botellas y los frascos, puestos sobre la mesa, tenían ese aire respetable que les dan las panzas redondeadas del gálibo antiguo. Los vasos eran precisamente esos vasos antiguos de alto pie que se ven en todos los cuadros de la escuela holandesa ó flamenca. La vajilla de arenisca y adornada de figuras de colores por el estilo de las de Bernardo de Palissy, salía de la fábrica inglesa de Weegwood. La vajilla de plata era maciza, de caras cuadradas y relieves llenos, verdadera vajilla de familia, cuyas piezas, cinceladas de diferente modo, y de distinta moda y hechura, atestiguaban los comienzos del bienestar y los progresos de la fortuna de los Claes. Las servilletas tenían flecos, moda puramente española. En cuanto á la demás ropa de mesa, todo el que la viera debía pensar que el puntillo de los Claes consistía en poscerla magnífica. Esta mantelería, estas vajillas estaban destinadas al servicio diario de la familia. La casa de delante, donde se daban las fiestas, tenía su lujo particular, cuyas maravillas, reservadas para los días de gala, les imprimía esa solemnidad que se pierde cuando las cosas no se consideran ya tan preciadas por usarlas habitualmente. En el barrio de detrás todo llevaba el sello de una sencillez patriarcal. En fin, detalle delicioso, por la parte de fuera una parra orlaba con sus pámpanos las ventanas.



—Veo que continuáis fieles á las tradiciones, dijo Pierquin recibiendo un plato de esa sopa de tomillo en la cual las cocineras flamencas ú holandesas echan albondiguillas de carne mezcladas con rebanadas de pan tostado; esta es la sopa que comían nuestros padres todos los domingos. Esta casa y la de mi tío de la Raquets, son las únicas en las que se encuentra esta sopa histórica en los Países Bajos. Pero no, el viejo Savaron de Savarus la hace servir aún orgullosamente en su casa de Tournai; pero en todos los demás puntos la antigua Flandes desaparece. Ahora se construyen los muebles á la griega; no se ve más que cascos, lanzas, escudos y haces. Cada cual revoca su casa, vende los muebles antiguos, repone su vajilla de plata, ó la trueca con porcelana de Sevres, que no puede competir ni con la de Sajonia ni con la de China. ¡Oh! Yo soy flamenco en cuerpo y alma; así es que se me parte el corazón cuando veo á los caldereros comprando á precio de leña ó de metal viejo nuestros hermosos muebles incrustados de cobre ó de estaño. ¡Hasta los procedimientos del arte se van perdiendo! Cuando se exige que todo se haga de prisa, nada se puede hacer á conciencia. Durante mi último viaje á París me llevaron á ver los cuadros expuestos en el Louvre, y á fe mía, todos aquellos lienzos parecían pantallas sin vida, sin ambiente, sin profundidad y á los cuales parece que los pintores temen dar colorido. Y luego quieren dar al traste con nuestra antigua escuela. Sí, sí, que lo intenten...

—Nuestros pintores antiguos, contestó Baltasar, estudiaban las varias combinaciones y la resistencia de los colores, sometiéndolos á la acción del sol y de la lluvia. Pero tienes razón: hoy se cultivan menos que nunca los recursos materiales del arte.

La señora Claes no escuchaba la conversación. Al oír decir al notario que las vajillas de porcelana estaban de moda, se le ocurrió la luminosa idea de vender la maciza vajilla de plata procedente de la herencia de su hermano, y con su importe pagar los treinta mil francos que debía su marido.

—¿Conque parece que en Douai se ocupan de mis trabajos? preguntó Baltasar al notario cuando su mujer intervino en la conversación.

—Sí, contestó Pierquin, todo el mundo pregunta en qué

gastas tanto dinero. Ayer oí al primer presidente deplorar que un hombre como tú buscara la piedra filosofal. Entonces me permití contestar que eres demasiado instruido para no saber que eso era luchar con un imposible, demasiado buen cristiano para creer sobreponerte á Dios, y, como todos los Claes, demasiado calculador para dar tu dinero á cambio de los polvos de la madre Celestina. Confesaré, sin embargo, que, como todos, lamento que te hayas retraído tan en absoluto del trato social. A la verdad, ya no vives en el mundo. Prima, habrías quedado muy satisfecha si hubieses oído los elogios que todos hacían de ti y de tu marido.

—Has obrado como buen pariente desmintiendo imputaciones cuyo menor perjuicio sería ponerme en ridículo, respondió Baltasar. ¿Conque los habitantes de Douai me creen arruinado? Pues bien, querido Pierquin, dentro de dos meses, para celebrar el aniversario de mi boda, daré una fiesta cuya magnificencia me devolverá el aprecio que nuestros buenos paisanos conceden á los escudos.

La señora Claes se puso muy colorada. Hacía dos años que aquel aniversario había pasado inadvertido. Baltasar, semejante á esos dementes que tienen momentos durante los cuales sus facultades brillan con lucidez inusitada, jamás se había mostrado tan ingenioso en su cariño. Se manifestó sumamente afectuoso con sus hijos, y su conversación fué lo más amena del mundo por su gracia, su talento y sus oportunas ocurrencias. Aquella renovación de la paternidad, callada hacía mucho tiempo, era, á no dudar, la fiesta más grata que pudiera ofrecer á su esposa para quien su mirada y su palabra habían recobrado esa constante simpatía de expresión que se siente de corazón á corazón y que prueba una deliciosa identidad de sentimiento.

El viejo Lemulquinier parecía rejuvenecerse; iba de un lado para otro con desusado júbilo, causado por la realización de sus secretas esperanzas. La mudanza tan repentinamente sobrevenida en los proceder de su amo, era aún más significativa para él que para la señora Claes. Allí donde la familia veía la dicha, el ayuda de cámara veía la fortuna. Al ayudar á Baltasar en sus manipulaciones se había unido con la insensatez, y ya fuese por haber comprendido la trascendencia de sus investigaciones en las explicaciones que se le escapaban al químico cuando no daba con el objeto perse-



guido, ó ya que la inclinación innata en el hombre le hubiera hecho adoptar las ideas de aquél en cuya atmósfera vivía, lo cierto es que Lemulquinier había concebido por su amo un sentimiento supersticioso, mezclado de terror, de admiración y de egoísmo. El laboratorio era para él lo que para el pueblo una administración de loterías, la esperanza organizada. Todas las noches se acostaba pensando: ¡Tal vez mañana nadaremos en oro! Y al otro día se despertaba con una fe tan viva como la víspera. Su nombre indicaba un origen puramente flamenco. En otro tiempo, las personas del pueblo sólo eran conocidas con un apodo sacado de su profesión, de su país, de su conformación física ó de sus cualidades morales, apodo que llegaba á ser el apellido de la familia burguesa, que fundaban tan luego como lograban emanciparse. En Flandes, los mercaderes de hilo de lino se llaman *mulquiniers*, y tal debió ser la profesión del hombre que, entre los antecesores del anciano criado, pasó del estado de siervo al de ciudadano libre, hasta que, por reveses de fortuna ignorados, el descendiente del *mulquinier* volvió á su primitivo estado de siervo, más la soldada. La historia de Flandes, de su hilo y de su comercio, se resumían, pues, en aquel antiguo criado, llamado á veces por eufonía Mulquinier. Su carácter y su fisonomía no carecían de originalidad. Su cara, de forma triangular, era ancha, alta y salpicada de viruelas que le habían dado fantásticas apariencias, dejando en ella multitud de lineamientos blancos y brillantes. Delgado y de elevada estatura, tenía un modo de andar grave, misterioso. Sus ojillos, de un color anaranjado como su peluca amarillenta y lisa, sólo dirigían miradas oblicuas. Su exterior estaba, pues, en armonía con el sentimiento de curiosidad que excitaba. La calidad de ayudante iniciado en los secretos de su amo, acerca de cuyos trabajos guardaba silencio, le rodeaban de cierto atractivo. Los vecinos de la calle de París le veían pasar con un interés mezclado de temor, porque tenía respuestas sibílicas y siempre preñadas de tesoros. Orgulloso por ser necesario á su amo, ejercía sobre sus compañeros una especie de autoridad quisquillosa, que utilizaba en su provecho para obtener concesiones que le hacían amo de la casa á medias. Al contrario de los criados flamencos que se encariñan en extremo con la casa, tan sólo á Baltasar quería. Si la señora Claes tenía algún disgusto ó si sobrevenía á la familia al-

gún suceso favorable, se comía su rebanada de pan con mantequilla y se bebía su cerveza con su flema habitual.

Cuando terminó la comida, la señora Claes propuso tomar café en el jardín, delante del plantel de tulipanes que había en medio. Las macetas que contenían estas plantas, cuyos nombres estaban inscritos en pizarras grabadas, habían sido medio enterradas y colocadas de modo que formaban una pirámide, en cuya cúspide descollaba un tulipán de los llamados boca de dragón, que nadie poseía más que Baltasar. Esta flor, designada con el nombre de *tulipa Claesiana*, reunía los siete colores, y sus largas escotaduras parecían doradas en los bordes. El padre de Baltasar, que muchas veces no había querido aceptar por ella diez mil florines, tomaba tantas precauciones para que no le robaran ni una semilla, que la guardaba en el locutorio, y con frecuencia pasaba días enteros contemplándola. El tallo era enorme, muy recto, firme y de un color verde admirable; las proporciones de la planta estaban en armonía con el cáliz, cuyos colores se distinguían por esa brillante limpieza que en otro tiempo daba tanto valor á esas flores fastuosas.

—Aquí hay tulipanes por valor de treinta ó cuarenta mil francos, dijo el notario mirando alternativamente á su prima y al plantel de mil colores. La señora Claes estaba demasiado entusiasmada por el aspecto de aquellas flores que los rayos del sol poniente hacían que pareciesen pedrerías, para comprender bien el sentido de la observación del notario. —¿Para qué te sirve eso? preguntó Pierquin á Baltasar. Deberías venderlas.

—¿Necesito acaso dinero? respondió Claes haciendo el ademán de un hombre á quien cuarenta mil francos parecen muy poca cosa.

Siguióse una pausa, durante la cual los niños lanzaron muchas exclamaciones.

—Mamá, mira aquélla.

—¡Qué bonita es ésta!

—¿Cómo se llama esa?

—¡Qué abismo para la razón humana! exclamó Baltasar levantando las manos y juntándolas con un ademán desesperado. Una combinación de hidrógeno y oxígeno, con sus diferentes dosis, hace surgir, en un mismo sitio y de un mismo principio, esos colores, cada uno de los cuales constituye un resultado muy diferente.



Su mujer oyó bien los términos de esta proposición que Baltasar pronunció tan rápidamente que le fué difícil concebirla por completo; pero Baltasar pensó que ella había estudiado su ciencia favorita, y le dijo haciéndole una seña misteriosa: —Aunque me comprendieras, todavía no sabrías lo que quiero decir.— Y pareció sumirse en una de las meditaciones que le eran habituales.

—Lo creo, dijo Pierquin tomando la taza de café que le presentaba Margarita. Si se da de mano al natural, pronto vuelve al galope, añadió en voz baja dirigiéndose á su prima. Aunque le hablaras tú misma, no le sacarías de su contemplación. Así le tendrás ya hasta mañana.

Despidióse de Claes que fingió no oírle, dió un beso al pequeño Juan á quien su madre tenía en brazos, y haciendo una profunda reverencia, se retiró. Cuando la puerta de entrada hizo ruido al cerrarse, Baltasar cogió á su mujer por la cintura, y disipó la inquietud que podía causarle su fingida cavilación, diciéndole al oído: —Ya sabía yo cómo me había de arreglar para despacharle.

La señora Claes miró á su marido sin avergonzarse de las lágrimas que acudieron á sus ojos: ¡eran tan dulces! Luego apoyó la cabeza en el hombro de Baltasar y dejó á Juan en el suelo.

—Volvamos al locutorio, dijo al poco rato.

Toda la noche estuvo Baltasar sumamente alegre; inventó mil juegos para entretener á sus hijos, y jugó tanto por su propia cuenta que no echó de ver que su esposa había salido dos ó tres veces. A eso de las nueve y media, cuando Juan estuvo acostado, Margarita volvió al locutorio después de ayudar á Felicia á desnudarse, y encontró á su madre sentada en su poltrona y á su padre que hablaba con ella teniendo asida una mano. Temiendo estorbar á sus padres quiso retirarse sin decir nada, pero su madre lo notó y le dijo: —Ven acá, Margarita, ven, hija mía.— Luego la atrajo á sí, la besó piadosamente en la frente, y añadió: —Llévate tu libro y acuéstate temprano.

—Buenas noches, hija querida, dijo Baltasar.

Margarita dió un beso á su padre y se marchó. Claes y su mujer se quedaron solos un rato, ocupados en mirar las últimas tintas del crepúsculo que morían en el follaje del jardín obscurecido ya. Cuando cerró la noche, Baltasar dijo á su mujer con voz conmovida: —Vamos arriba.

Mucho tiempo antes que las costumbres hubieran hecho de la cámara de una mujer á modo de un lugar sagrado, la de una flamenca era impenetrable. Las buenas amas de casa de aquel país no hacían de ellas una ostentación aparatosa de virtud, sino más bien un hábito contraído desde la infancia, una superstición doméstica que convertía una alcoba en delicioso santuario en el que se respiraban tiernos sentimientos, en donde la sencillez se unía á todo lo más dulce y sagrado que tiene la vida social. En la posición particular en que se encontraba la señora Claes, cualquiera mujer habría querido reunir á su alrededor las cosas más elegantes; pero ella lo había hecho con un gusto exquisito, sabiendo cuánta influencia ejerce en los sentimientos el aspecto de lo que nos rodea. En una mujer hermosa habría sido lujo; en ella era necesidad. Había comprendido el alcance de estas palabras: «Hay que hermoarse», máxima que dirigía todas las acciones de la primera mujer de Napoleón y con frecuencia la hacía falsa, mientras que la señora Claes era siempre natural y verdadera. Aunque Baltasar conocía perfectamente el cuarto de su mujer, su olvido de las cosas materiales de la vida había sido tan completo, que al entrar en él sintió dulces sobresaltos como si lo viera por primera vez. El júbilo fastuoso de una mujer triunfante se ostentaba en los esplendorosos colores de los tulipanes que asomaban por el largo cuello de las grandes vasijas de porcelana china y en la profusión de las luces cuyos efectos no podían compararse sino con los de las más alegres bandas de música. El resplandor de las bujías comunicaba un brillo armonioso á las telas de seda gris cuya monotonía resultaba matizada por los reflejos del oro sobriamente distribuido en algunos objetos y por los tonos variados de las flores que parecían haces de piedras preciosas. El secreto de estos preparativos era él, ¡siempre él!... Josefina no podía decir más elocuentemente á Baltasar que él era siempre el principio de sus alegrías y de sus dolores. El aspecto de aquella cámara ponía al alma en un estado delicioso y disipaba toda idea triste para no dejar en ella más que al sentimiento de una dicha igual y pura. La tela que tapizaba las paredes, comprada en China, despedía ese olor suave que penetra en el cuerpo sin cansarlo. En fin, las cortinas cuidadosamente corridas revelaban el deseo de la soledad, una celosa intención de guardar los menores sonidos de la palabra y de en-